

JEAN ZIEGLER

DESTRUCCIÓN MASIVA

**GEOPOLÍTICA
DEL HAMBRE**



ACTUALIDAD

booket

Jean Ziegler
Destrucción masiva
Geopolítica del hambre

Traducción de Jordi Terré

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Prólogo	15

PRIMERA PARTE LA MATANZA

1. Geografía del hambre	29
2. El hambre invisible	53
3. Las crisis prolongadas	58
<i>Post scriptum</i> 1: El gueto de Gaza	66
<i>Post scriptum</i> 2: Los refugiados del hambre de Corea del Norte	70
4. Los niños de Crateús	73
5. Dios no es un campesino	77
6. «Nadie pasa hambre en Suiza»	83
7. La tragedia del noma	87

SEGUNDA PARTE EL DESPERTAR DE LAS CONCIENCIAS

1. El hambre como fatalidad	99
2. Josué de Castro, primera época	105
3. El «Plan Hambre» de Adolf Hitler	119
4. Una luz en la noche: las Naciones Unidas	129
5. Josué de Castro, segunda época	135

TERCERA PARTE
LOS ENEMIGOS DEL DERECHO
A LA ALIMENTACIÓN

1. Los cruzados del neoliberalismo	143
2. Los jinetes del Apocalipsis	160
3. Cuando el librecambio mata	170
4. Savonarola a orillas del lago Lemán	175

CUARTA PARTE
LA RUINA DEL PMA
Y LA IMPOTENCIA DE LA FAO

1. El espanto de un multimillonario	183
2. La gran victoria de los depredadores	194
3. La nueva selección	201
4. Jalil Jilani y sus hijos	204
5. La derrota de Diouf	209
<i>Post scriptum</i> : El asesinato de los niños iraquíes	215

QUINTA PARTE
LOS BUITRES DEL «ORO VERDE»

1. La mentira	227
2. La obsesión de Barack Obama	232
3. La maldición de la caña de azúcar	235
<i>Post scriptum</i> : El infierno de Gujarat	243
4. Recolonización	245

SEXTA PARTE
LOS ESPECULADORES

1. Los «tiburones tigre»	259
2. Ginebra, capital mundial de los especuladores agroalimentarios	275
3. Robo de las tierras, resistencia de los condenados	280
4. La complicidad de los Estados occidentales	294
La esperanza	299
Notas	307

GEOGRAFÍA DEL HAMBRE

El derecho humano a la alimentación, tal como se desprende del artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales,¹ se define como sigue:

El derecho a la alimentación es el derecho a tener un acceso regular, permanente y libre, sea de un modo directo, o bien por medio de compras monetarias, a un alimento cualitativa y cuantitativamente adecuado y suficiente, que se corresponda con las tradiciones culturales del pueblo de procedencia del consumidor, y que garantice una vida psíquica y física, individual y colectiva, libre de angustias, satisfactoria y digna.

De todos los Derechos Humanos, el derecho a la alimentación es sin duda el más constantemente y más ampliamente violado en nuestro planeta.

El hambre tiene un cierto parentesco con el crimen organizado.

En el Eclesiástico podemos leer: «Pan de indigentes es la vida de los pobres, quien se lo quita es un hombre sanguinario. Mata a su prójimo quien le arrebatara su sustento, vierte sangre quien quita el jornal al jornalero».²

Ahora bien, según las estimaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO / Food and Agriculture Organization), la cantidad de personas grave y permanentemente desnutridas en el planeta se elevó en 2010 a 925 millones, frente a los 1.023 millones en 2009. Así pues, cerca de mil millones de seres humanos, de

los 6.700 millones que habitan el planeta, padecen permanentemente hambre.

El fenómeno del hambre puede abordarse de manera muy simple.

Los seres vivos consumen la comida (o el alimento), ya sea de origen vegetal o animal (a veces mineral), con fines energéticos y nutricionales. Los elementos líquidos (como el agua de origen mineral), o dicho de otra manera las bebidas (que se consideran alimento cuando son potajes, salsas, etc.), se ingieren con la misma finalidad. Estos elementos forman en su conjunto lo que se denomina alimentación.

Esta alimentación constituye la energía vital del hombre. La unidad energética llamada reconstituyente es la kilocaloría. Permite evaluar la cantidad de energía que necesita el cuerpo para reponerse. Una kilocaloría tiene mil calorías. Una aportación energética insuficiente, una carencia de kilocalorías, provoca el hambre, y luego la muerte.

Las necesidades calóricas varían en función de la edad: 700 calorías diarias para un lactante, 1.000 para un bebé de entre uno y dos años, 1.600 para un niño de cinco años. En cuanto al adulto, sus necesidades varían entre 2.000 y 2.700 calorías diarias según el clima bajo el cual viva y la dureza del trabajo que realice.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) fija en 2.200 calorías diarias el mínimo vital para un adulto. Por debajo de ese mínimo, el adulto ya no consigue reproducir de una forma satisfactoria su propia fuerza vital.

Morir de hambre es doloroso. La agonía es larga y provoca sufrimientos intolerables. Destruye lentamente el cuerpo, pero también el psiquismo. La angustia, la desesperación y una sensación de pánico ante soledad y abandono acompañan esa decadencia física.

La subalimentación severa y permanente provoca un sufrimiento agudo y lancinante del cuerpo. Aletarga y debilita gradualmente las capacidades mentales y motrices. Implica margi-

nación social, pérdida de autonomía económica y, por supuesto, paro permanente por incapacidad para llevar a cabo un trabajo regular. Infaliblemente, conduce a la muerte.

La agonía a causa del hambre pasa por cinco fases.

Salvo escasas excepciones, un hombre puede vivir normalmente tres minutos sin respirar, tres días sin beber y tres semanas sin comer. No más. Entonces comienza la degradación.

En los niños subalimentados, la agonía se anuncia con mucha más rapidez. El cuerpo agota en primer lugar sus reservas de azúcar, y luego de grasa. Los niños entran en un estado de aletargamiento. Pierden rápidamente peso. Su sistema inmunitario se desploma. Las diarreas aceleran la agonía. Los parásitos bucales y las infecciones de las vías respiratorias causan espantosos sufrimientos. Comienza entonces la destrucción de la masa muscular. Los niños ya no pueden sostenerse en pie. Al igual que muchos animalillos, se acurrucan en el polvo. Sus brazos penden sin vida. Sus rostros se asemejan a los de los viejos. Y finalmente, llega la muerte.

En el ser humano, las neuronas del cerebro se desarrollan entre los cero y los cinco años. Si, durante este tiempo, el niño no recibe el alimento adecuado, suficiente y regular, quedará mutilado de por vida.

En cambio, un adulto que, atravesando el Sahara, haya padecido una avería de coche y se viera privado de alimento durante algún tiempo antes de ser salvado *in extremis*, podrá recuperar sin problemas la vida normal. Una «renutrición» administrada bajo control médico permitirá que recupere la totalidad de sus fuerzas físicas y mentales.

Por consiguiente, para el niño menor de cinco años privado de un alimento adecuado y suficiente las cosas ocurren de un modo muy distinto. Aun cuando, en su vida ulterior, se vea agraciado por una serie de acontecimientos milagrosamente favorables —que su padre encuentre trabajo, que lo adopte una familia acomodada, etc.—, su destino está sellado. Seguirá siendo un crucificado de nacimiento, un mutilado cerebral

toda su vida. Ninguna alimentación terapéutica podrá proporcionarle una vida normal, satisfactoria y digna.

En gran cantidad de casos, la subalimentación provoca las llamadas enfermedades del hambre: el noma, el kwashiorkor, etc. Además debilita peligrosamente las defensas inmunitarias de sus víctimas.

En su gran investigación sobre el sida, Peter Piot demuestra que millones de víctimas que mueren por el sida podrían salvarse —o al menos podrían adquirir una resistencia más eficaz contra la plaga— con solo tener acceso a un alimento regular y suficiente. Según sus propias palabras: «Un alimento regular y adecuado constituye la primera línea de defensa contra el sida».³

En Suiza, la esperanza de vida al nacer, sin distinción entre hombres y mujeres, es de algo más de ochenta y tres años. En Francia, de ochenta y dos años. En Swazilandia, pequeño reino del África austral devastado por el sida y el hambre, es de treinta y dos años.⁴

La maldición del hambre se perpetúa biológicamente. Cada año, millones de mujeres subalimentadas traen al mundo millones de niños condenados desde su nacimiento. Son ya víctimas de la carencia antes de asomarse a la tierra. Durante el embarazo, su madre subalimentada transmite esta maldición a su hijo. La subalimentación fetal provoca una invalidez definitiva, daños cerebrales y deficiencias motrices.

Una madre famélica no puede dar de mamar a su bebé lactante. Tampoco dispone de los medios necesarios para comprar un sucedáneo lácteo.

En los países del sur, medio millón de madres mueren anualmente en el parto, la mayoría por una carencia prolongada de alimento durante el embarazo.

El hambre es pues, y de lejos, la principal causa de muerte y desamparo en nuestro planeta.

¿Cómo se las arregla la FAO para recopilar las cifras del hambre?

Los analistas, estadísticos y matemáticos de la organización son reputados universalmente por su grado de competencia. El modelo matemático que construyeron en 1971, y que han ido afinando desde entonces, año tras año, es de una extrema complejidad.⁵

En un planeta donde viven 6.700 millones de seres humanos repartidos en 194 Estados, no se plantea realizar encuestas individuales. Los estadísticos optan, pues, por un método indirecto, que aquí simplifico deliberadamente.

Primera fase: en cada país realizan un censo de la producción de bienes alimentarios, la importación y la exportación de alimentos, especificando para cada uno de ellos su contenido en calorías. Resulta, por ejemplo, que la India, donde habita casi la mitad de todas las personas grave y permanentemente desnutridas del mundo, exporta en cambio algunos años cientos de miles de toneladas de trigo. Así, entre junio de 2002 y noviembre de 2003, esas exportaciones se elevaron a 17 millones de toneladas.

La FAO obtiene de esta manera la cantidad de calorías disponibles en cada país.

Segunda fase: los estadísticos establecen para cada país la estructura demográfica y sociológica de la población. Las necesidades calóricas, como hemos dicho, varían según el grupo de edad. El sexo constituye otra variable: las mujeres queman menos calorías que los hombres, por toda una serie de razones de índole sociológica. Además, el trabajo ejecutado por una persona y su situación socioprofesional constituyen otra variable: un obrero fundidor de acero en un alto horno necesita más calorías que un jubilado que pasa sus días sentado en un banco.

Estos mismos datos varían según la región y la zona climática consideradas. La temperatura del aire y las condiciones meteorológicas en general influyen en las necesidades calóricas.

Al término de esta segunda fase, los estadísticos están en condiciones de correlacionar ambos conjuntos. Conocen así los déficit globales en calorías de cada país y, por consiguiente, son capaces de fijar la cantidad teórica de personas permanente y gravemente desnutridas.

Pero estos resultados no dicen nada de la distribución de las calorías en el seno de una población determinada. Los estadísticos afinan entonces el modelo mediante encuestas dirigidas a partir de muestras. La finalidad consiste en identificar los grupos especialmente vulnerables.

Sin embargo, Bernard Maire y Francis Delpuech critican este modelo de cálculo.⁶

En primer lugar ponen en cuestión los parámetros. Los estadísticos de Roma, dicen, determinan los déficit en materia de calorías; es decir, de los macronutrientes (proteínas, glúcidos, lípidos) que suministran las calorías, y, por lo tanto, la energía. Pero no toman en consideración las deficiencias de las poblaciones en micronutrientes, la carencia de vitaminas, minerales y oligoelementos. Ahora bien, la ausencia en los alimentos de yodo, de hierro, de vitaminas A y C, entre otros elementos indispensables para la salud, producen ceguera, mutilación y muerte cada año a millones de personas.

Con su método de cálculo, la FAO conseguiría pues censar el número de víctimas de la subalimentación, pero no las de la desnutrición.

Los dos investigadores ponen también en tela de juicio la fiabilidad de este método, que se basa enteramente en la calidad de las estadísticas proporcionadas por los Estados.

Ahora bien, muchos Estados del hemisferio sur, por ejemplo, no disponen de ningún aparato estadístico, por embrionario que sea. Y es precisamente en los países del sur donde las víctimas del hambre llenan a mayor velocidad las fosas comunes.

A pesar de todas las críticas dirigidas al modelo matemático de los estadísticos de la FAO —cuya pertinencia reconoz-

co—, por mi parte considero que permite dar cuenta, a largo plazo, de las variaciones del número de subalimentados y de muertos a causa del hambre en nuestro planeta.

En cualquier caso, aun cuando las cifras se subestimen, el método responde a la exigencia de Jean-Paul Sartre: «Conocer al enemigo es combatir al enemigo».

El objetivo actual de la ONU estriba en reducir a la mitad, de aquí a 2015, el número de personas que padecen hambre.

Al adoptar solemnemente esta decisión en 2000 —se trata del primero de los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)—, la Asamblea General de la ONU, en Nueva York, tomó como año de referencia 1990. Por lo tanto, es el número de hambrientos de 1990 el que se trata de reducir a la mitad.

Evidentemente, no se alcanzará este objetivo. Porque la pirámide de los mártires, lejos de disminuir, aumenta. La propia FAO lo admite: «Según las últimas estadísticas disponibles se realizaron algunos progresos hacia la realización de la ODM al pasar las víctimas del hambre del 20 % de personas desnutridas en 1990-1992 al 16 % en 2010. Sin embargo, con la prosecución del crecimiento demográfico (aunque más lento que estos últimos decenios), un descenso del porcentaje de hambrientos puede enmascarar un aumento de su número. En efecto, la cantidad de hambrientos aumentó en los países en vías de desarrollo en tanto que grupo (de 827 millones en 1990-1992 pasó a 906 millones en 2010)».⁸

Para circunscribir mejor la geografía del hambre, la forma en que se reparte esta destrucción masiva en el planeta, es necesario recurrir en primer lugar a una primera distinción, a la cual se refieren la ONU y sus agencias especializadas: el «hambre estructural» de un lado, y el «hambre coyuntural» del otro.

El hambre estructural reside en las estructuras de producción insuficientemente desarrolladas de los países del sur. Es permanente, poco espectacular y se reproduce biológicamente: cada año, millones de madres desnutridas traen al mundo millones de niños deficientes. El hambre estructural significa destrucción psíquica y física, aniquilación de la dignidad, sufrimiento sin fin.

El hambre coyuntural, en cambio, es altamente visible. Irrumpe periódicamente en nuestras pantallas de televisión. Se produce cuando, bruscamente, una catástrofe natural, las langostas, una sequía o las inundaciones devastan una región, o cuando una guerra destruye el tejido social, arruina la economía, empuja a cientos de miles de víctimas a campamentos de personas desplazadas en el interior del país o a campamentos de refugiados más allá de las fronteras.

En todas estas situaciones, ya no se puede ni sembrar ni cosechar. Se destruyen los mercados, se bloquean las carreteras, se derrumban los puentes. Las instituciones estatales ya no funcionan. Para los millones de víctimas hacinadas en los campamentos de refugiados, el Programa Mundial de Alimentos (PMA) constituye la última salvación.

Nyala, en Darfur, es el mayor de los diecisiete campamentos de personas desplazadas de las tres provincias del Sudán occidental devastadas por la guerra y la hambruna.

Protegidos por Cascos Azules africanos, sobre todo ruaneses y nigerianos, cerca de cien mil hombres, mujeres y niños subalimentados se apretujan en el inmenso campo de tela y plástico. Una mujer que se aventure unos quinientos metros fuera de los cercados —para buscar madera de calefacción o agua de pozos— corre el riesgo de ser capturada por los *yan-yauid*, las milicias ecuestres árabes al servicio de la dictadura islamista de Jartum. Sin duda será violada, y quizás asesinada.

Si los camiones Toyota blancos del PMA, coronados por la bandera azul de la ONU, no llegan cada tres días con sus cargas piramidales de sacos de arroz y de harina, contenedores

de agua y cajas de medicamentos, los zaghawa, masalit y four encerrados detrás de las alambradas al cuidado de los Cascos Azules morirían en poco tiempo.

Veamos otro ejemplo del hambre coyuntural. En 2011, más de cuatrocientas cincuenta mil mujeres, hombres y niños gravemente subalimentados, procedentes especialmente del sur de Somalia, se apretujaban en el campo de refugiados de Dadaab, establecido por la ONU en territorio keniano. Habitualmente, los funcionarios del PMA niegan a otras familias hambrientas la entrada en el campo, a falta de medios suficientes para socorrerlas.⁹

¿Quiénes son los más expuestos al hambre?

Los tres grandes grupos de personas más vulnerables son, en la terminología de la FAO, los pobres rurales (*rural poors*), los pobres urbanos (*urban poors*) y las víctimas de las catástrofes ya mencionadas. Detengámonos en las dos primeras categorías.

Los pobres rurales. La mayoría de los seres humanos que no tienen suficiente para comer pertenecen a las comunidades rurales pobres de los países del sur. Muchos no disponen ni de agua potable ni de electricidad. En esas regiones, los servicios de salud pública, de educación y de higiene son la mayoría de las veces inexistentes.

De los 6.700 millones de seres humanos que pueblan el planeta, algo menos de la mitad habitan en zona rural.

Desde la noche de los tiempos, las poblaciones campesinas —labradores y ganaderos (y pescadores)— forman la primera fila de las víctimas de la miseria y el hambre: en la actualidad, de los 1.200 millones de seres humanos que, según los criterios del Banco Mundial, viven en la «extrema pobreza» —o sea, con una renta de menos de 1,25 dólares diarios—, el 75 % vive en el campo.

Numerosos campesinos viven en la miseria por una u otra

de las tres razones siguientes. Unos son trabajadores migrantes sin tierra o aparceros sobreexplotados por los propietarios. Así, en el norte de Bangladesh, los aparceros musulmanes deben entregar a sus *land lords* hindúes que viven en Calcuta cuatro quintas partes de sus cosechas. Otros, si poseen tierra, no disfrutan de títulos de propiedad suficientemente sólidos. Es el caso de los *posseiros* brasileños, que ocupan pequeñas superficies de tierras improductivas o vacantes, que usan sin detentar documentos que prueben que estas les pertenecen. Aun otros, a pesar de poseer su tierra en propiedad, esta no tiene la dimensión y la calidad suficientes para que puedan alimentar decentemente a su familia.

El Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (IFAD / International Fund for Agricultural Development) cifra el número de trabajadores rurales sin tierra en alrededor de quinientos millones de personas; es decir, cien millones de hogares. Esos son los más pobres entre los pobres de la tierra.¹⁰

Para los pequeños campesinos, los aparceros sobreexplotados, los jornaleros agrícolas y los trabajadores migrantes, el Banco Mundial recomienda en adelante la Market-Assisted Land Reform, que preconizó por primera vez en 1997 para Filipinas. El latifundista estaría obligado a renunciar a una parte de sus tierras, pero el trabajador rural deberá comprar su parcela con la ayuda eventual de créditos del Banco Mundial.

Habida cuenta del estado de completa indigencia de las familias de los «sin tierra», la reforma agraria Market-Assisted, promovida en todo el mundo por el Banco Mundial, es una muestra de la más evidente hipocresía, incluso de la indecencia pura y simple.¹¹

La liberación de los campesinos solo podría ser obra de los propios campesinos. Quien haya frecuentado un *assentamento* o un *acampamento* (campamento, colonia de población) del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil no puede dejar de sentir emoción y admiración. El MST se ha convertido en el movimiento social más importan-

te de Brasil, apegado a la reforma agraria, la soberanía alimentaria, la impugnación del librecambio y el modelo de producción y consumo agroindustriales dominante, la promoción de la agricultura hortícola, la solidaridad y el internacionalismo.

El movimiento internacional de campesinos Vía Campesina reúne, a través del mundo, a 200 millones de aparceros, pequeños campesinos (con una hectárea o menos), trabajadores rurales estacionales, ganaderos migrantes o sedentarios, y pescadores artesanos. Su secretariado central está instalado en Yakarta, en Indonesia. Vía Campesina es actualmente uno de los movimientos revolucionarios más impresionantes del Tercer Mundo. Volveremos sobre él.

Pocos hombres y mujeres en la tierra trabajan tanto, en circunstancias climáticas tan adversas y por una ganancia tan mínima, como los campesinos y campesinas del hemisferio sur. Pocos son entre ellos quienes pueden apartar unos ahorros para precaverse contra las catástrofes climáticas, las langostas y las perturbaciones sociales siempre amenazantes. Aun cuando, durante algunos meses, se disponga de alimento en abundancia, resuenen los tambores de la fiesta y se celebren matrimonios con ostentosas ceremonias, caracterizadas por el reparto, la amenaza es omnipresente. Y nadie puede saber a ciencia cierta la duración del período de puente entre la carestía y la nueva cosecha.

El 90 % de los campesinos del sur no dispone, como herramientas de trabajo, más que de la azada, el machete y la hoz.

Más de mil millones de campesinos no tienen ni animal de tiro ni tractor.

Si la fuerza de tracción se dobla, también se dobla la superficie cultivada. Sin tracción, los labradores del sur permanecerán confinados en su miseria.

En el Sahel, una hectárea de cereales produce de 600 a 700 kilos. En Bretaña, Beauce, Baden-Wurtemberg o Lombardía, una hectárea de trigo produce 10 toneladas, o sea diez mil kilos. Esta diferencia de productividad no se explica, evi-

dentamente, por la disparidad de las competencias. Los labradores bambara, wolof, mossi o toucouleurs trabajan con la misma energía y la misma inteligencia que sus colegas europeos. Lo que los distingue son los *inputs* de que disponen. En Benin, en Burkina Faso, en Níger o en Malí, la mayoría de los labradores no disponen de ningún sistema de regadío, ni tienen a su disposición abonos minerales, semillas seleccionadas o pesticidas contra los depredadores. Como hace tres mil años, practican la «agricultura de lluvia» (sin irrigación).

En el África subsahariana, tan solo se irriga el 3,8 % de las tierras.¹²

La FAO calcula en quinientos millones los labradores del sur que no tienen acceso a semillas seleccionadas, ni a abonos minerales, ni siquiera a estiércol (u otros abonos naturales), ya que tampoco poseen animales.

Según la FAO, cada año las intemperies o los roedores destruyen el 25 % de las cosechas mundiales.

Los silos son escasos en el África negra, el sur de Asia y los altiplanos andinos. En consecuencia, quienes padecen primero y más duramente los efectos de la destrucción de las cosechas son las familias campesinas del sur.

El transporte de las cosechas hacia los mercados es otro gran problema.

En 2003 viví en Etiopía esta situación absurda: mientras en Makele, en Tigray, en los altiplanos martirizados por los vientos, allí donde el suelo polvoriento se cuarteaba, la hambruna devastaba a 7 millones de personas, 600 kilómetros más al oeste, en Gondar, decenas de miles de toneladas de teff se pudrían en los graneros, a falta de carreteras y camiones capaces de trasladar el alimento salvador...

En el África negra, en la India y en el seno de las comunidades aymara y otavalo del altiplano peruano, boliviano o ecuatoriano no existen, por decirlo así, bancos de crédito agrícola. A causa de ello, el campesino no tiene elección: la mayoría de las veces debe vender su cosecha en el peor mo-

mento; es decir, cuando acaba de recolectar y los precios son más bajos.

Una vez atrapado en la espiral del endeudamiento —endeudándose para poder pagar los intereses de la deuda precedente—, deberá vender su futura cosecha para poder comprar, al precio fijado por los amos del comercio agroalimentario, el alimento necesario para su familia durante la temporada puente de carestía.

En el campo, especialmente en Centroamérica y Sudamérica, en la India, en Pakistán y en Bangladesh, la violencia es endémica.

Del 26 de enero al 5 de febrero de 2005 efectué con mis colaboradores una misión en Guatemala.¹³ Durante nuestra estancia, el comisionado para los Derechos Humanos del Gobierno guatemalteco, Frank La Rue, antiguo resistente contra la dictadura del general Ríos Montt, me había informado de los crímenes cometidos día tras día en su país contra los campesinos.

El 23 de enero, en la finca Alabama Grande, un trabajador agrícola robó unas frutas. Tres guardias de seguridad de la finca lo descubrieron y lo mataron.

Esa misma noche, al ver que su padre no regresaba, la familia, que, como todas las familias de peones, se alojaba en una choza en las lindes del latifundio, comenzó a preocuparse. Acompañado por algunos vecinos, el hijo mayor, de catorce años, subió hasta la casa de los amos. Los guardias los interceptaron. Se desató una discusión. El tono subió. Y los guardias mataron al muchacho y a cuatro de sus acompañantes.

En otra finca, otros guardias capturaron a un muchacho joven con los bolsillos llenos de *cozales*, una fruta local. Acusándolo de haberlos robado en las tierras del patrón, lo condujeron hasta este... que mató al muchacho con un pistoletazo.

Frank La Rue me dijo: «Ayer, en el palacio presidencial, el vicepresidente de la república, Eduardo Stein Barillas, te lo

explicó: el 49 % de los niños menores de diez años están desnutridos... De ellos, 92.000 murieron de hambre, o de las enfermedades del hambre, el año pasado... Como puedes entender, padres y hermanos, a veces, por la noche... suben a la huerta de la finca... roban algunas frutas, legumbres...».

En 2005 se cometieron 4.793 asesinatos en Guatemala, 387 en el curso de nuestra breve estancia.

Entre las víctimas figuraban cuatro jóvenes sindicalistas campesinos —tres hombres y una mujer— que acababan de regresar de un cursillo de formación en Friburgo, Suiza. Los asesinos habían ametrallado su coche en la sierra de Chuacas, en una pista entre San Cristóbal Verapaz y Salama.

Me enteré de la noticia durante una cena en la embajada de Suiza. El embajador, un hombre decidido, que amaba y conocía perfectamente Guatemala, me prometió que al día siguiente formularía una protesta enérgica ante el ministerio de Asuntos Exteriores.

A esa cena asistía igualmente Rigoberta Menchú, premio Nobel de la Paz, una magnífica mujer maya que perdió, durante la dictadura del general Lucas García, a su propio padre y a uno de sus hermanos quemados vivos.

A la salida, a punto de cruzar la puerta, me susurró muy bajo: «Me he fijado en vuestro embajador. Estaba pálido... Su mano le temblaba... Estaba irritado. Es un hombre de bien. Protestará... ¡Pero eso no servirá de nada!».

Cerca de la finca de Las Delicias, un latifundio de producción de café situado en el municipio de El Tumbador, pregunto a los peones huelguistas y a sus mujeres. Hace seis meses que el patrón no paga a sus obreros, pretextando el hundimiento de las cotizaciones del café en el mercado mundial.¹⁴ Una manifestación organizada por los huelguistas acababa de ser violentamente reprimida por la policía y los guardias patronales.

Presidente de la Pastoral de la Tierra Interdiocesana (PTI), el obispo Ramazzini de San Marco me había advertido: «La